

La Segunda Guerra Mundial y el frente del este: la guerra germano-soviética

World War II and the Eastern Front: The German-Soviet War

RICARDO MARTÍN DE LA GUARDIA

Universidad de Valladolid. Facultad de Filosofía y Letras. Plaza del Campus s/n 47011 Valladolid.

guardia@uva.es

ORCID: 0000-0003-2595-898X

Cómo citar/How to cite: MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo, “La Segunda Guerra Mundial y el frente del este: la guerra germano-soviética”, en *Investigaciones Históricas, época moderna y contemporánea*, Extraordinario II (2024), pp. 785-804. DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.O.2024.785-804>

Artículo de acceso abierto distribuido bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](#) / Open access article under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](#).

Resumen: Las monografías dedicadas al frente del este publicadas desde el inicio del presente siglo han incidido sobre aspectos de la memoria de la guerra, la capacidad armamentística de las fuerzas alemanas y soviéticas y la violencia en la retaguardia, entre otros aspectos. Tratamos de ofrecer en este capítulo algunas de las novedades presentadas en esta bibliografía para entender mejor aquella fase trascendental del conflicto mundial.

Palabras clave: Segunda Guerra Mundial. Frente del este. Guerra germano-soviética.

Abstract: The monographs dedicated to the Eastern Front published since the beginning of this century have had an impact on aspects of the memory of the war, the weapons capacity of the German and Soviet forces and the violence in the rear, among other aspects. We try to offer in this chapter some of the novelties presented in this bibliography to better understand that transcendental phase of the world conflict.

Keywords: Second World War. Eastern front. German-Soviet War.

Sumario: 1. La Operación Barbarroja 2. Diciembre de 1941: los soviéticos reaccionan 3. Leningrado y Stalingrado, el combate llevado hasta el extremo. 4. La batalla de Kursk. 5. Hacia el final de la ocupación alemana 6. El camino hacia Berlín. Bibliografía.

1. LA OPERACIÓN BARBARROJA

Cuando, en la madrugada del 22 de junio de 1941, las tropas alemanas invadieron la Unión Soviética a lo largo de un amplísimo arco de territorio – desde la frontera báltica hasta el mar Negro – pocos sospechaban que la derrota del Reich había sido sentenciada, aunque todos sabían que esta nueva fase del conflicto iba a resultar decisiva. Con la campaña de Rusia se abrió un nuevo frente que de inmediato iba a poner en juego la capacidad de resistencia de la maquinaria bélica germana. Y esta no fue menor. Durante cuatro años de desgaste que conducirían a la toma de Berlín por el Ejército soviético millones de seres humanos sufrieron las consecuencias más devastadoras que se puede imaginar, hasta el punto de que lo vivido en el frente del Este marcó indeleblemente la memoria, por extensión, de toda la guerra. Las atrocidades cometidas – más de la mitad de todas las víctimas de la conflagración – se produjeron en aquel escenario junto a actos de heroísmo, mostrando, unas y otros, la singularidad de la condición humana. El enfrentamiento germano-soviético fue la expresión máxima de la guerra total. Civiles y militares, regulares y milicias, soldados de múltiples nacionalidades: todos se ensañaron en una contienda cuya naturaleza era distinta – al menos, así lo explicaban los dirigentes de los países implicados – al tratarse, desde la perspectiva del invasor, de una lucha entre el Bien y el Mal, entre la civilización occidental y el materialismo soviético. En esa ensoñación, en ese enfrentamiento entre dos formas de ver el mundo, participaron junto al Ejército alemán tropas finlandesas, húngaras, rumanas, checoslovacas, italianas, además de voluntarios provenientes de muy distintos puntos de Europa y alistados bajo los estandartes de las *Waffen SS*.

Las cifras, bien conocidas, de aquella ingente masa capaz de atacar simultáneamente las líneas de defensa soviéticas todavía provocan estupor. En aquel domingo de junio de 1941 los alemanes y sus aliados movilizaron más de tres millones de efectivos que, junto a la ayuda de la aviación y de la artillería, procedieron a la invasión organizados en tres Grupos de Ejército: el Norte, cuya meta era alcanzar cuanto antes Leningrado; el Centro, encargado de desplegarse hasta tomar Moscú, y el Sur, con la misión de conquistar Kiev y hacerse con las riquezas naturales de Ucrania. Nada menos que 146 divisiones alemanas y catorce rumanas, además de las fuerzas armadas finlandesas, fueron movilizadas para enfrentarse a ciento setenta divisiones soviéticas emplazadas a lo largo de la frontera,

desde Finlandia hasta Rumanía. Si estos números parecían relativamente igualados, eran muy ostensibles las diferencias entre la vanguardista maquinaria militar germana y la obsolescencia de una parte sustancial del arsenal rojo.

La conocida como “Operación Barbarroja” elevó a la *Wehrmacht* a la categoría de invencible no solo en la propaganda afín, sino también entre amplios sectores de la sociedad europea, incluida la de los países aliados. Ante tal despliegue, nadie parecía dudar de la victoria alemana en aquel momento. Las tropas soviéticas no hicieron nada más que comenzar la retirada mientras desde el Kremlin los líderes comunistas, Stalin a la cabeza, no daban crédito a lo que estaba ocurriendo. Aun cuando conocían el plan y el factor sorpresa quedaba minimizado – al menos en teoría –, la realidad fue muy distinta. En pocas semanas, a mediados de julio, las tropas del Ejército Centro llegaban a Smolensko, localidad a unos trescientos cuarenta kilómetros de Moscú. De igual forma, la progresión de los otros dos Grupos de Ejército había sido asombrosa. La captura de miles de tanques y de cientos de miles de soldados enemigos demostraba la ingente capacidad operativa del Tercer Reich. Era muy significativo que al poco tiempo de iniciarse la invasión las capitales de Bielorrusia y Ucrania, Minsk y Kiev, ya fueran alcanzadas por los proyectiles de la aviación alemana.

No obstante el alarde de poderío, los nazis tenían enfrente un poderoso ejército que llegaba a doblar su número de carros de combate blindados. Aun así, el orden de ataque germano desarboló en un principio a unas fuerzas soviéticas sorprendidas por la osadía de los invasores, los cuales dirigieron sus esfuerzos a avanzar por la zona central, en dirección hacia Moscú. La descoordinación entre los mandos, la ausencia de una estrategia concreta, los problemas de suministro de combustible, la deficiente actuación aérea no quedaban resueltos a pesar del imponente contingente humano desplegado por el Ejército Rojo: durante las primeras semanas sus unidades fueron aplastadas por el arrollador empuje alemán.

Ciertamente, los efectivos soviéticos eran muy numerosos, pero poco adiestrados. Además, desde mediados de los años treinta las purgas promovidas por Stalin en todos los resquicios del entramado social habían afectado de manera muy notable a los oficiales, desde los más bajos del escalafón hasta – y sobre todo – el generalato. Después de la contundencia y extensión de las ejecuciones no quedó tiempo para que se recuperase, ni en cantidad ni en calidad, el cuadro de mandos, con lo que el crecimiento en número de divisiones no corrió parejo al de oficiales con suficientes

conocimientos como para competir con sus homólogos alemanes. La consecuencia de ello fue que en el momento de la invasión, la parte cuantitativamente mayor de la oficialidad soviética carecía de formación militar adecuada. Por si esto no bastase, los comisarios políticos tenían la posibilidad de intervenir y hacer valer su voz en la toma de decisiones estrictamente militares, de tal modo que las operaciones concretas sobre el terreno se veían aún más dificultadas por la franca incapacidad de muchos de ellos. Era el precio que Stalin pagaba por mantener incólume su poder tras los enfrentamientos entre las distintas facciones comunistas desencadenados a partir de la Guerra Civil rusa. Necesitaba obediencia ciega y no podía permitir que en una situación de guerra abierta los méritos – si es que se lograba la victoria – recayeran en otros, y menos en el estamento militar. Por su parte, los militares con experiencia, que no olvidaban lo ocurrido pocos años antes, preferían seguir los dictados de los comisarios antes que cuestionar sus decisiones.

En definitiva, la presión psicológica y el control político a los que estaba sometida la oficialidad – escasa, insistimos, en número – acentuaba su debilidad dentro del sistema de toma de decisiones, que con demasiada frecuencia quedaban en manos de jóvenes oficiales, más ideologizados pero con menos educación militar. Al fin y al cabo, para las fuerzas revolucionarias la imagen del oficial estaba relacionada con lo peor del zarismo, con la represión y la reacción frente a las cuales se habían alzado los soviets de soldados y marinos. Sin duda, estos estaban dispuestos al sacrificio máximo por la victoria, pero necesitaban mandos bien forjados en la lucha ahora que el enemigo estaba especialmente preparado para la guerra moderna.

Ante las constantes derrotas y la cesión de terreno, Stalin asumió en persona la dirección de la estrategia contra Alemania mientras sus ayudantes militares buscaban en vano soluciones rápidas para neutralizar el avance de la *Wehrmacht*. Las movilizaciones masivas y el reclutamiento de voluntarios servían de poco mientras el aparato represivo del Estado no bajaba la guardia: como consecuencia del fracaso en los frentes, una sección especial del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (*NKVD*) comenzó a actuar desde finales de julio de 1941 contra desertores y boicoteadores, esto es, juzgando y condenando, cuando entendieran que era preciso, a todos aquellos que no hubieran cumplido su función. Ante una moral de derrota la *NKVD* pretendía mantener la tensión entre los combatientes; cualquier síntoma de dejación podía suponer la ejecución sumaria.

Con todo, la avalancha alemana en el campo de batalla iba a forzar los acontecimientos, obligando a sentarse a la mesa de negociaciones a quienes nunca lo hubieran imaginado. Regímenes con fundamentos diametralmente opuestos se pusieron de acuerdo ante lo que entendían que era un mal mayor, y en julio de 1941 el Gobierno norteamericano firmaba con el Kremlin un acuerdo de ayuda mutua cuya repercusión en el desarrollo de la guerra fue de enorme relevancia para el sostenimiento de los ejércitos soviéticos. Gracias a este acuerdo se aminoraron los gravísimos problemas de falta de suministros de todo tipo en el frente, y así pudo aliviarse, en parte, la angustiosa situación de los civiles y militares en aquellas zonas sometidas al invasor nazi.

Moscú cifró su objetivo en salvar Kiev, importante centro político y económico del mundo soviético. La ofensiva del general Andrei Yeremenko buscaba romper el avance y la toma alemana de la ciudad, pero el 19 de septiembre de 1941, tras una encarnizada batalla durante la cual los efectivos del Ejército Rojo resistieron en las calles el abrumador bombardeo de la artillería y de la aviación, los alemanes se hicieron con su control. El desastre fue total: más de medio millón de soldados soviéticos habían muerto o caído prisioneros. La pérdida de un notable arsenal armamentístico, ahora en manos de la *Wehrmacht*, y la sensación de absoluto fracaso por parte de las autoridades del Kremlin hicieron presagiar de los alemanes y sus aliados un rápido despliegue hacia Moscú. Dominada la situación en Kiev, la caída de toda Ucrania era tarea fácil para el poderoso Grupo de Ejércitos Sur. En algo coincidían los aliados occidentales y el Eje después de aquel trágico episodio de la guerra: el *Führer* estaba cada vez más cerca de doblegar a la Unión Soviética.

Sin embargo, la aplastante superioridad de los alemanes con la toma rápida de grandes extensiones de territorio, que había llevado a todos los gobiernos aliados a dudar de la capacidad de resistencia soviética, comenzaba a mostrar algunos síntomas de agotamiento. El control de Kiev había supuesto una verdadera sangría de hombres y material y había reducido la potencialidad de la famosa “guerra relámpago” a la que aludían los medios de comunicación. Corría ya el mes de septiembre, que habitualmente anunciaba la llegada del mal tiempo, y al Ejército alemán le costaba cada vez más proseguir la marcha. En ese contexto, y antes de que el invierno pudiera agravar la situación, el Alto Mando decidió avanzar sobre la capital rusa. Ante el órdago lanzado, Stalin llamó al general Zhukov para que se hiciera cargo de las fuerzas desplegadas en Moscú. Zhukov había dado sobradas muestras de su capacidad militar en la

defensa de Leningrado, desde donde acudió al requerimiento del líder supremo. A comienzos de octubre de aquel año de 1941 estaba ya al mando de sus nuevos soldados para volver a enfrentarse a la temida *Wehrmacht*. A lo largo del mes las nevadas hicieron acto de presencia y, como era de prever, el crudo invierno de la estepa hizo mella en el teatro de operaciones, en los efectivos humanos y en los tanques, cuya operatividad se vio menguada a causa de los problemas que para el desplazamiento generaba una masa de tierra congelada. En los planes de ataque los movimientos de tropas y armamento sufrieron paralizaciones o alteraciones profundas, y los enfrentamientos de las tropas regulares y de las SS contra las divisiones soviéticas alcanzaron grados inusitados de violencia. Los mandos germanos estaban convencidos de que el Ejército Rojo carecía de suficientes tropas y suministros de reserva y, en consecuencia, de que su tenacidad y su disposición para el combate terminarían por sucumbir ante la superioridad del enemigo. Con estas esperanzas, sin embargo, parecían olvidar su propio agotamiento después de meses de esfuerzo, ni reparaban en el hecho de que se estaban preparando nuevas divisiones al este del frente de batalla, en Siberia, desde donde podrían acudir en ayuda de los camaradas que resistían en Moscú.

En general, y sin dejar de valorar los éxitos cosechados, la Operación Barbarroja fracasó en su objetivo principal, y por ello tuvo Hitler que posponer hasta 1942 la conquista de Leningrado y Moscú. A medida que pasaba el tiempo – y con el invierno por medio – iban disminuyendo las posibilidades de una victoria a corto plazo. Tampoco actuó a favor de los alemanes el hecho de que despreciaran al soldado y al estratega rusos: además de las enormes reservas de todo tipo que albergaba la Unión Soviética (muchas de ellas, al este de los Urales), el espíritu tenaz de este pueblo y la madurez alcanzada en la lucha en el frente constituían un escollo cada vez más difícil de superar.

2. DICIEMBRE DE 1941: LOS SOVIÉTICOS REACCIONAN

A comienzos de diciembre de 1941, rompiendo la tendencia iniciada con la invasión, que había supuesto su retirada constante, el Ejército Rojo pasó a la ofensiva. Inició su respuesta el día 5, pero encontró en la *Wehrmacht* una férrea resistencia. De hecho, pese a un primer éxito al lograr que se paralizase e, incluso, retrocediera la línea de los ejércitos alemanes que más se había adelantado en aquel mes, no obtuvo réditos verdaderamente decisivos en el desarrollo de la guerra.

Ello no obstante, y si bien al principio no pareció surtir efecto, lo cierto era que el cambio de actitud en el mando era sustancial. Zhukov logró invertir el sentido del combate, obtener una primera victoria propagandística e insuflar una cierta moral de victoria entre sus tropas y en una población muy necesitada de buenas noticias, por discretas que fueran. La inesperada reacción soviética causó incertidumbre y confusión en el cuartel general germano. Por primera vez desde que se había desencadenado la guerra contra la URSS los jefes militares de Hitler le comunicaron la posibilidad de llevar a cabo una retirada preventiva hacia posiciones más seguras para ganar tiempo y replantear la defensiva. El *Führer* no podía soportar la idea de retroceder siquiera un palmo de terreno: achacó el fracaso a la incompetencia de sus subordinados y el 19 de diciembre se hizo cargo en persona del mando del Ejército de Tierra. El motivo de mayor preocupación del *Führer* era el abastecimiento de su máquina militar, de ahí que fijara como foco prioritario de atención la ocupación del Cáucaso y, con ella, el suministro de petróleo. Era, pues, en el Sur donde debían centrarse los esfuerzos para la buena marcha de todo el Frente del Este. Mientras tanto, en el Norte y en el Centro se contentaba con mantener las posiciones ganadas; eso sí, sin olvidar su interés especial por Leningrado.

Aquel mes de diciembre fue especialmente duro para la *Wehrmacht* y las *SS*. Entre otras causas, la fatiga, el inadecuado equipamiento para las temperaturas extremas, los problemas de abastecimiento, el ardor del enemigo en la lucha hicieron replegarse a las fuerzas alemanas a comienzos de enero de 1942. Tan exultante como Hitler cuando se producía una victoria, el dictador soviético impuso a sus generales la orden de contraatacar a lo largo del frente de guerra con el fin de acabar con el cerco alemán sobre Leningrado, alejar más de la capital a los invasores y expulsarlos de Ucrania. A lo largo de los dos primeros meses del nuevo año se recrudecieron los combates, pero el optimismo de los soviéticos no bastaba para lograr el triunfo. Las fuerzas alemanas resistieron el embate y causaron más de cuatrocientas mil bajas en el Ejército Rojo. Los contendientes de uno y otro lado sufrían las veleidades de sus respectivos líderes a la hora de tomar decisiones, pues ambos se mostraban poco amigos de seguir las recomendaciones de sus mandos operativos cuando no coincidían con las suyas propias.

En todo caso, más allá de la mera pericia estratégica de los soviéticos y de los problemas técnicos surgidos sobre el terreno por su excesiva duración, para los alemanes la guerra en el Este, el frustrado intento de

Hitler de que la cruz gamada ondeara en Moscú, golpeó la impecable hoja de servicios de su Ejército de Tierra, que hasta el momento no había sufrido ninguna derrota digna de mención.

Tampoco los aliados podían echar las campanas al vuelo. El Tercer Reich continuaba siendo una fortaleza, inexpugnable para muchos, y con toda seguridad este contratiempo iba a hacerle replantear sus líneas de actuación en la guerra.

Durante los años siguientes, tras la retirada alemana de Moscú, se estabilizaron los combates a lo largo del Frente del Este. No hubo grandes batallas sino, más bien, un tira y afloja, pequeños avances y retrocesos que fijaron las posiciones de los contendientes y provocaron, eso sí, una constante sangría de vidas humanas. Todo cambió en enero de 1944, cuando los soviéticos lanzaron una imponente ofensiva.

3. LENINGRADO Y STALINGRADO, EL COMBATE LLEVADO HASTA EL EXTREMO

Leningrado constituyó, sin duda, uno de los acontecimientos bélicos más trágicos de toda la conflagración. La resistencia al cerco alemán se prolongó durante veintinueve meses, algo verdaderamente inusitado y que conmovió las conciencias más insensibles. En septiembre de 1941 tropas del Eje iniciaron el ataque y en noviembre las operaciones combinadas dejaron prácticamente aislada a la antigua capital imperial. En este episodio entró en combate la División Española de Voluntarios, la llamada “División Azul”, que con sus cerca de dieciocho mil voluntarios había sido destinada al Grupo de Ejércitos Norte, donde participó en operaciones en el río Voljov con el fin de reforzar el asedio a la antigua San Petersburgo. En efecto, como ha sido señalado por numerosos autores, entre noviembre y diciembre de aquel año la División mostró un gran espíritu combativo para mantener las posiciones en la orilla Este del río.

Después de fijado el frente en una línea que avanzaba desde la ciudad al lago Ilmen, los enfrentamientos continuaron sin descanso, con exiguos avances de unos y otros. Las fuerzas del Eje rechazaron los intentos del enemigo de acabar con el asedio mientras evitaban quedarse ellas mismas incomunicadas a causa de la acción de partisanos. Asimismo, trataron de confraternizar con los campesinos del entorno para que los ayudaran en labores como la provisión de alimentos, la limpieza de la nieve y el barro o la información, entre otras, lo cual resultó de suma importancia en un frente que tendía a prolongar su actividad durante mucho tiempo. La

obligada convivencia y el miedo a la represión fueron de la mano en la vida cotidiana de aquel escenario de muerte y desolación.

Junto al cerco de Leningrado, la cruenta batalla de Stalingrado fue el episodio más conocido y, con posterioridad, recordado de toda la guerra. La encarnizada lucha entre los dos bandos concluyó con una cifra de muertos verdaderamente asombrosa: cerca de dos millones de personas (por supuesto, los datos son aproximados) dejaron la vida en aquel teatro de operaciones en donde soldados de numerosas nacionalidades y cientos de miles de civiles sufrieron la dureza de la contienda. Stalingrado, la rebautizada ciudad de Volgogrado en honor al líder soviético, se convirtió en el símbolo de la resistencia contra los ejércitos del Eje pues, en gran medida, la incapacidad de la *Wehrmacht* para hacerse con su control determinaría el fracaso de la campaña del Este.

Sin embargo, a la altura de mayo de 1942 todavía parecía que las cosas marchaban bien para el Reich. Aun cuando la reducción de su potencial armamentístico había determinado un menor empuje que el año anterior, los alemanes emprendieron el asedio de Sebastopol – históricamente, la base naval rusa de mayor relevancia en el mar Negro –, que caería en sus manos en julio. También en mayo conquistaron una de las grandes ciudades soviéticas, Jarkov, en el Frente Sur. Ambos eran enclaves estratégicos para la defensa de la URSS, lo cual auguraba una sólida recuperación de las fuerzas alemanas. Sin embargo, no fue así. La ofensiva estival no consiguió alcanzar el tan deseado Cáucaso, bien protegido por el Ejército Rojo, cuyos generales conocían la enorme relevancia de la región para el futuro de la guerra. Al llegar el otoño la *Wehrmacht* tuvo que replegarse: había perdido definitivamente la oportunidad de hacerse con el control de las explotaciones petrolíferas de la zona.

Dentro de esta estrategia alemana de tomar lo antes posible los pozos de petróleo del Cáucaso para asegurarse una posición privilegiada mediante la explotación de los recursos energéticos de la zona, la ofensiva lanzada a finales de junio de 1942 en Ucrania parecía favorecer sus intereses por el arrollador avance de sus tropas. Stalingrado aparecía en el horizonte como una pieza clave por su situación junto al Volga y el Tsaritsa, y Stalin fijó en la defensa de la ciudad sus objetivos de frenar la avalancha alemana y debilitar así sus fuerzas. Los dirigentes soviéticos cifraban sus esperanzas en los previsibles – y en aquel momento, ya reales, al menos en parte – problemas de los nazis por la falta de combustible así como en el esfuerzo que, si lograban aguantar unos meses, costaría a estos la llegada del otoño y del invierno. Para dejar constancia del altísimo valor

que concedía a la defensa de la plaza, Stalin estableció a mediados de julio de 1942 medidas extraordinarias que afectaban de lleno a la vida tanto de civiles como de militares: su obligación sería la de resistir hasta el último aliento sin posibilidad de abandonar la ciudad. Una mezcla de orgullo patrio y miedo a la represión (la pena de muerte quedó fijada para quien huyera) se apoderó de la población, preparada para enfrentarse a la *Wehrmacht* con los medios de que dispusiera.

El primer día de septiembre comenzó la penetración de los blindados del 6º Ejército. La resistencia casa por casa, calle por calle, obstaculizaba la toma rápida de la urbe y creaba un escenario de batalla muy diferente del acostumbrado por los soldados alemanes. No obstante, pocos días después las tropas de vanguardia alcanzaron el centro de la ciudad en medio del fuego enemigo. La superioridad técnica de los invasores imponía una ventaja neta, a pesar del excesivo número de bajas; a poco más de un mes de la entrada de los carros de combate en los barrios de la periferia, la mayor parte de Stalingrado había pasado al control alemán. Era el espejismo de la victoria porque, indudablemente, en aquel otoño de 1942 la *Wehrmacht* estaba al límite de sus fuerzas. A costa de una impresionante sangría humana (se calcula que por aquellas fechas morían a diario en la defensa de la ciudad unos cuatro mil soviéticos), el conseguir aguantar el asedio había servido para desestabilizar algunas de las condiciones básicas para que se mantuviera a pleno rendimiento la ofensiva del Reich: como había previsto el Kremlin, el abastecimiento tanto de alimentos como de soldados de reemplazo comenzaba a preocupar al Alto Mando alemán. De igual forma, los suministros de piezas para la reparación de armamento, la munición: en definitiva, todo lo necesario para el engranaje de la maquinaria de guerra parecía escasear.

Ante las nuevas circunstancias, Berlín no reaccionó con cautela. A pesar de los informes que le presentó el general Paulus, Hitler le ordenó que replanteara su estrategia inmediata para continuar el sitio el tiempo que fuera necesario. Por si esto fuera poco, se adelantó el invierno: a principios de noviembre la nieve se instalaba en la ciudad y las temperaturas se desplomaban hasta los quince grados bajo cero. Había llegado el momento esperado por el dictador soviético para golpear al invasor. El día 19 dio comienzo la denominada “Operación Urano”: la artillería soviética contraatacó, tanto por el Sur como por el Norte, sobre las posiciones más precarias del ejército de Paulus. A partir de ese punto el hostigamiento fue creciendo, como también lo hizo el deterioro de las condiciones materiales de las fuerzas del Eje. El hambre, las enfermedades

de todo tipo y la congelación se fueron apoderando del cuarto de millón de soldados que se vieron encerrados en lo que la Historia conocería como “el caldero” de Stalingrado. Se habían cumplido las expectativas más negras, como había advertido Paulus que sucedería en el caso de que no se procediera a una retirada ordenada: la contraofensiva soviética había logrado embolsar a las tropas alemanas que, profundamente debilitadas, no recibían los refuerzos prometidos por Hitler. Solo la tenacidad de lo que restaba del 6º Ejército y la temeraria labor de la *Luftwaffe*, que mantuvo un puente aéreo hasta los últimos días de enero de 1943, lograron salvar la vida de treinta mil soldados evacuados. Cuando todo estaba perdido, el 30 de enero el *Führer* ascendía a Paulus a mariscal de campo. Con este gesto indicaba sutilmente a su general que debía resistir hasta el final, sin pensar en otra posibilidad. Apenas habían pasado unos días cuando Paulus optó por la rendición de los algo más de cien mil efectivos que le restaban, enfermos en su mayoría.

El sitio de Stalingrado supuso el golpe propagandístico más importante para el líder político que había dado su nuevo nombre a la ciudad. La imponente resistencia de civiles y militares elevaba al pueblo soviético a la categoría de héroe, un héroe colectivo conducido magistralmente por un héroe individual, el propio Stalin, con quien los aliados tendrían que contar definitivamente cuando acabara la guerra. El ejército más poderoso, la invencible *Wehrmacht*, había sucumbido ante unas fuerzas armadas de las que pocos, salvo los propios soviéticos, esperaban una capacidad de reacción como la que habían mostrado. A partir de entonces, la fulgurante marcha hacia el Este programada desde Berlín quedaba paralizada. Los avances territoriales comenzarían a transformarse en retiradas. Por fin el Frente del Este volvía la espalda y se dirigía hacia el Oeste.

4. LA BATALLA DE KURSK

Todavía hubo un último intento alemán de recuperar el timón de la guerra en la zona central de la Rusia europea, cerca de la frontera con Ucrania. Tras el desastre de Stalingrado el Ejército soviético continuó con una serie de ofensivas cuya consecuencia más importante fue que se retirasen del Cáucaso las tropas nazis, ante la posibilidad de que se repitiera lo ocurrido en enero. La mejora armamentística, la capacidad del mando y el ánimo insuflado después de Stalingrado corrieron a favor del Ejército Rojo, cuya mayor solidez se advertía con claridad en la forma de

planificar la guerra. Resultaba de vital necesidad para Stalin acabar con la amenaza nazi sobre el Cáucaso, eliminando de raíz la posibilidad de que Hitler controlara las riquezas energéticas de la zona. Para ello los estrategas soviéticos apostaron por atacar al enemigo en el norte de Ucrania con el fin de dejar a las fuerzas del Eje aisladas en el área caucásica. Y así, en el verano de 1943 los dos ejércitos se enfrentaron en la región rusa de Kursk en la que sería considerada una de las más imponentes batallas de blindados de la Historia.

Para valorar la importancia otorgada a esta acción bélica hay que recurrir a algunas cifras. Los alemanes agruparon a unos novecientos mil efectivos, además de una cantidad superior al setenta por ciento de los aviones y carros de combate desplegados en aquel momento en el Frente del Este. Los soviéticos, sabiendo que la ofensiva era clave en la estrategia de sus enemigos, fueron estableciendo distintas líneas defensivas hasta cubrir, entre todas ellas, un anillo de doscientos kilómetros de espesor alrededor de la ciudad de Kursk.

Las fuerzas nazis emplearon lo más moderno de su arsenal, tratando de recuperar la hegemonía perdida y sacudirse el recuerdo de Stalingrado. Von Manstein, una de las grandes personalidades del mando germano, fue el encargado de preparar el ataque, proyectado para presionar al enemigo en torno a la ciudad para, desde allí, avanzar hacia Moscú. El desgaste del Ejército Rojo y el golpe psicológico que supondría una progresión rápida hacia la capital devolvería a los alemanes la iniciativa en el frente.

El problema fue el tiempo. El *Führer* ordenó que la ofensiva comenzara no al llegar la primavera sino en junio, dada la difícil situación de sus tropas en África. Si los aliados desembarcaban en el continente europeo había que rechazarlos, y para ello necesitaban muchos efectivos. Esta demora sirvió, fundamentalmente, para que los soviéticos diseñasen su propio plan de ataque, reforzado – como antes apuntábamos – tanto por la mejora del armamento como por el adiestramiento de oficiales y tropas. Stalin se plegó a los argumentos defendidos por Zhukov: en lugar de atacar, esperó a que se desencadenase la ofensiva alemana con el fin de paralizarla, eliminando así cualquier riesgo derivado del factor sorpresa. Una vez desbaratado el plan del enemigo, los soviéticos, bien pertrechados, contraatacarían. El objetivo era, pues, aguantar el primer embate alemán; de lograrse esto, Zhukov no dudaba de la capacidad de sus tropas para hacer retroceder al agresor.

La *Wehrmacht* entró en combate una vez iniciado el mes de julio de 1943. Comenzaba así la llamada “Operación Ciudadela”, que daría al traste

con las esperanzas alemanas. El Ejército Rojo soportó con valentía la acción coordinada de la aviación, la infantería y la artillería enemigas e inmediatamente contraatacó. La situación se estabilizaba cuando pocos días después, el 12, dio comienzo el gran combate de blindados, en un número impresionante, dadas las dificultades de maniobra por el reducido terreno en que se movían: unos novecientos carros soviéticos frente a algo más de seiscientos alemanes: tanto unos como otros, los más modernos de su Ejército. La *Wehrmacht* rechazó el contraataque, pero el abultado número de bajas y la pérdida de casi la mitad de los carros de combate habían debilitado mucho su capacidad. Por si esto fuera poco, dos días antes, el 10, los aliados habían alcanzado la isla de Sicilia.

Por temor a una progresión rápida en Italia y a causa, también, de las enormes pérdidas tanto del Ejército regular como de las divisiones *SS*, Hitler dio la orden de paralizar la Operación Ciudadela el día 13. Aunque, evidentemente, en aquel momento no se conociera, el camino hacia Berlín quedaba expedito. Después de Kursk los alemanes no harían en el Frente del Este nada más que retroceder. La máquina militar soviética, alimentada por el progreso de la industria nacional y por las inyecciones económicas de los aliados occidentales, funcionaba a pleno rendimiento. Además, la imperturbable marcha del calendario hacia el otoño-invierno determinaba la crítica situación de los alemanes, más aún en las circunstancias de 1943, muy diferentes de las de dos años antes. En la conciencia tanto de muchos de los soldados como de los mandos, que conocían la precariedad de las defensas en Italia, fue instalándose una sensación de incertidumbre, cuando no de derrota.

Ello no obstante, todavía en los últimos meses de 1943 resistían las líneas alemanas, a la espera de nuevas órdenes. Los generales que mejor conocían la gravedad de la situación apostaban por un repliegue ordenado hacia Polonia, la frontera más occidental de la URSS, para salvar el potencial armamentístico y humano que todavía tenían y preparar con él una defensa sólida. Así dispondrían de tiempo para reorganizar lo que quedaba del Frente del Este, acrecer las escasas reservas, infundir nuevos ánimos a la tropa y mejorar el sistema de abastecimientos. Pero el *Führer* no quería oír hablar de nada que se pareciera a una retirada y obligó a Von Manstein a mantener a sus soldados lejos todavía de la frontera polaca. Diciembre, uno de los meses preferidos por los soviéticos para golpear a sus rivales, fue el señalado para proseguir el desgaste de las fuerzas de Von Manstein: en Navidad, el Ejército Rojo, cada vez mejor dotado para luchar en el crudo invierno, volvió a la carga e hizo retroceder a los alemanes. El

empuje de la aviación roja fue, en este momento, muy relevante. A pesar de las arengas de Hitler y de todo el aparato propagandístico del Estado, el optimismo de la *Blitzkrieg* había sido enterrado definitivamente hacía ya tiempo.

5. HACIA EL FINAL DE LA OCUPACIÓN ALEMANA

Los primeros meses de 1944 ofrecían un panorama si no desolador, al menos muy preocupante para los ejércitos fieles al Eje que mantenían la ilusión de la victoria en territorio soviético. La ofensiva de enero a lo largo de las principales líneas de fractura del Frente del Este determinó el inicio del fin de la invasión alemana de la URSS y, por ende, el del propio Tercer Reich. El día 14 las divisiones soviéticas situadas en Leningrado y en el Voljov avanzaron conjuntamente hacia las líneas germanas. La guerra de desgaste durante los años previos había ido minando la resistencia de la *Wehrmacht*, cuyos hombres estaban exhaustos, mal aprovisionados y cada vez más conscientes de la lejanía de la victoria. Aunque manteniendo el orden en sus filas, las fuerzas alemanas comenzaron a replegarse, con lo que concluyó el angustioso asedio a la antigua capital zarista. En junio los soviéticos lograban romper la resistencia de las tropas finlandesas, aliadas de Berlín, amenazando la integridad de su territorio nacional. Para evitar males mayores, a comienzos de septiembre las autoridades de Helsinki se apresuraron a firmar un armisticio con el Kremlin. Alemania perdía así un apoyo estratégico de gran peso en sus primigenios planes para la conquista de la Unión Soviética.

A finales de febrero Leningrado había sido liberada, acabando así definitivamente el cerco a las dos ciudades rebautizadas con el nombre de los dos más importantes artífices de la Unión Soviética. Por otra parte, y durante aquellos meses, Ucrania, al igual que Crimea, había quedado fuera del control de Alemania y sus aliados. Las tornas habían dado la vuelta: ahora eran las tropas de Zhukov las que se acercaban peligrosamente a los límites meridionales de Rumanía. La amenaza se cernía, pues, sobre las fronteras exteriores del Reich. La superioridad tanto material como en recursos humanos se inclinaba con claridad hacia el lado del Ejército Rojo. También en esto había sido drástico el cambio en la situación. En junio de aquel año de 1944, al comenzar en el Frente del Este la llamada “Operación Bagration” – en honor al héroe ruso de las guerras napoleónicas –, más de seis millones de efectivos soviéticos, bien adiestrados y con moral de victoria, estaban dispuestos para lanzarse al ataque contra los poco más de

tres millones que conformaban las fuerzas enemigas. Los blindados alemanes, hasta hacía poco el orgullo de la tecnología de guerra de Hitler, no llegaban, en número, a la mitad de los aproximadamente seis mil soviéticos, menos desgastados y con mayores prestaciones que aquellos. Más abrumadoras todavía eran las diferencias en el aire: los aviones rojos multiplicaban varias veces a los exiguos tres mil aparatos alemanes.

Los ataques desarrollados dentro de la Operación Bagration fueron masivos y afectaron, por distintas zonas, a todo el frente: la región de Minsk, en Bielorrusia; la frontera finlandesa y Rumanía. Además, la ofensiva se produjo al tiempo que los aliados occidentales desembarcaban en Normandía, exactamente, dieciséis días después del Día D. El Reich aparecía atenazado por el despliegue de las fuerzas hostiles tanto por el este como por el oeste del Viejo Continente. Necesitaba, a todas luces, reforzar la recién abierta línea de combate en territorio francés, pero el Alto Mando alemán, condicionado por la opinión de Hitler, decidió mantener la presencia militar en el Este tal como hasta entonces, sin derivar fuerzas para defender su frontera occidental. De nada sirvió: la progresión de los ejércitos soviéticos fue contundente y a comienzos de julio Minsk era liberada. Los alemanes procedieron a retirarse con orden, pero el ímpetu del Ejército Rojo fue tal que el enemigo no dispuso de tiempo material para establecer una defensa sólida. En consecuencia, solo pudo continuar su penosa marcha de regreso al Oeste, lo que provocó, en numerosas ocasiones, que quedasen bolsas aisladas con importantes grupos de soldados alemanes, eliminados o apresados con facilidad. A finales de julio Walter Model, destacado general de la *Wehrmacht*, fue designado para dirigir el Grupo de Ejércitos Centro, ostentosa denominación para los restos de unas tropas agotadas y en franca retirada. Como no podía ser de otra forma en aquellas circunstancias, sin fuerzas de refresco ni suministros de nuevo material bélico, Model prosiguió el repliegue, tratando de salvar lo máximo posible de sus diezmadas fuerzas.

Por su parte, el Kremlin comenzaba a pensar más allá de la defensa de sus fronteras. En la primavera de 1944 los soviéticos recibieron órdenes de continuar hacia Varsovia, una empresa que, de prosperar, conllevaba la idea de iniciar el camino hacia Berlín. Stalin llevaba un tiempo anunciándoselo a sus altos mandos militares y, a tenor de cómo evolucionaba el frente de guerra, el planteamiento no parecía descabellado.

En efecto, en el mes de agosto la golpeada capital polaca caía en manos de los comunistas mientras llegaba a su fin el último acto de la Operación Bagration. El impresionante empuje del Ejército Rojo acababa,

literalmente, con el Grupo de Ejércitos Sur: el tan temido 6º Ejército alemán era barrido en Chisinau, capital de Moldavia. La Operación había supuesto la rendición de unos cuatrocientos mil soldados, una cifra solo inteligible en la vorágine en que quedó sumido el Frente del Este. Había caído Rumanía y, con ella, el régimen colaboracionista del mariscal Antonescu. La pérdida de esta pieza clave en la geoestrategia alemana implicaba la desestabilización general de los Balcanes, cuya consecuencia inmediata fue otra retirada, en aquellas mismas fechas. En esta ocasión las tropas se replegaron desde sus posiciones en territorio rumano hacia Hungría, adonde se dirigieron las fuerzas que todavía restaban en Grecia y Bulgaria. Pero el país de los magiares ya no era un refugio seguro. En los últimos días de 1944 varias decenas de miles de efectivos alemanes y húngaros quedaron sitiados en Budapest. A mediados de febrero del año siguiente la capital sería tomada por el Ejército Rojo.

Para la mayoría de los mandos alemanes nazis la derrota era un hecho constatable, aunque pocos se atrevieran a reconocerlo en público. La amenaza real se cernía ahora sobre el territorio patrio. No se trataba, pues, de defender conquistas, sino de resistir en los límites de la propia Alemania. Fueron los soviéticos quienes entraron con sus tropas en el país que había gestado el Tercer Reich. A mediados de octubre de aquel año de 1944, el general Cherniakovsky se dirigió a los confines de la Prusia oriental y se lanzó sobre las líneas alemanas, las cuales, sin perder el ánimo y con alguna tropa de refresco, soportaron la fuerte embestida roja. De hecho, durante los meses que faltaban hasta el año nuevo el frente extendido entre el Este de Alemania y Polonia se mantuvo con una tendencia a la estabilidad, sin conocer grandes variaciones.

La abrumadora ofensiva soviética de los últimos meses exigía dar descanso a la tropa y pergeñar el siguiente paso. Los alemanes, por su parte, se enfrentaban a un nuevo desafío, impensable pocos meses antes: hasta el momento, aun cuando venían produciéndose constantes derrotas, habían luchado fuera de su territorio. En este momento en que veían peligrar sus campos y ciudades la motivación era mayor, y en la recuperación de esta moral de lucha hasta la extenuación la propaganda continuaba desempeñando un papel fundamental. El hundimiento del Frente del Este dejaba a los comunistas a las puertas de la Gran Alemania, dispuestos a entrar con sus formas brutales de comportamiento, con su ideología destructiva, contrapunto de los arios. El enemigo rojo era, en el imaginario combatiente, mucho más peligroso que cualquier otro. Había que estar preparado para la batalla final. De igual modo, los soviéticos

veían llegado el momento de vengar las humillaciones y la muerte de millones de compatriotas batiéndose en una tierra que, por fin, no era la suya.

EL CAMINO HACIA BERLÍN

El 12 de enero de 1945 acabaron los preparativos. Ese día un inmenso ejército soviético se dejaba caer sobre las defensas alemanas entre el Oder y el Vístula. El golpe fue certero y contundente y produjo un avance incontenible hasta el corazón de Alemania, no lejos de Berlín. El extraordinario empuje dejaba a su paso bolsas de resistentes, lo cual provocó encarnizadas y agotadoras luchas. Mientras tanto, con la esperanza de encontrar posiciones más seguras, millones de civiles alemanes de Prusia y las regiones aledañas emprendieron un caótico éxodo hacia el Oeste. El grado de confusión hacía palpable la cercanía del final. En su huida, algunos civiles se confundieron con los restos de unidades que luchaban a la desesperada contra el invasor. Las órdenes del Kremlin fueron taxativas, obligando a los jefes militares a eliminar los focos de resistencia en las regiones orientales de Alemania antes de tomar Berlín. Como en otras grandes ocasiones, fue Zhukov el encargado de establecer un plan global de conquista de la capital, ayudado, esta vez, por Antonov.

El último episodio de la guerra fue el dramático epítome de todo el conflicto. Cerca de un millón de soldados de distintas nacionalidades constituían el muro defensivo de la capital prusiana. Sin material armamentístico adecuado, faltos de una cadena de mando cohesionada, solo les quedaba su voluntad de soportar el asalto final. El día fijado para este, el 16 de abril, las tropas soviéticas avanzaron sobre el Oder después de que la artillería machacara las posiciones germanas. El 20 irrumpían en los barrios periféricos del este berlinés. Los combates fueron especialmente violentos, casa por casa, sin distinguir entre civiles y militares. Sobre una ciudad prácticamente arrasada, la enseña soviética comenzó a ondear en lo que quedaba del *Reichstag* el 30 de abril de 1945.

BIBLIOGRAFÍA

- ARNOLD, Klaus Jochen, *Die Wehrmacht und die Besatzungspolitik in den besetzten Gebieten der Sowjetunion*, Berlín, Dunckler & Humblot, 2005.
- BAKER, Lee, *The Second World War on the Eastern Front*, Londres, Routledge, 2009.
- BÖHLER, Jochen y GERWARTH, Robert (eds.), *The Waffen-SS: A European History*, Oxford, OUP, 2016.
- CUMINS, Keith, *Cataclysm: The War on the Eastern Front*, Warwick, Helion, 2011.
- FRITZ, Stephen, *Ostkrieg. Hitler's War of Extermination in the East*, Lexington, The University Press of Kentucky, 2011.
- GIUSTI, María Teresa, *I prigionieri italiani in Russia*, Bolonia, Il Mulino, 2016.
- GROSSMAN, Vasili, *Stalingrado. Crónicas desde el frente de batalla*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018.
- HASTINGS, Max, *Armagedón: La derrota de Alemania, 1944-1945*. Barcelona, Crítica, 2006.
- HEER, Hannes, *Tote Zonen. Die deutsche Wehrmacht an der Ostfront*, Hamburgo, Hamburger Edition, 1999.
- HOFFMANN, David L., *Stalins Vernichtungskrieg 1941-1945*, Múnich, Verlag für Wehrwissenschaften, 1995.
- KOSCHORREK, Gunter, *Blood Red Snow.: The Memoirs of a German Soldier on the Eastern Front*, Barnsley, Frontline Books, 2011.

LUCAS, James, *War on the Eastern Front: the German Soldier in Russia 1941-1945*, Barnsley, Frontline Books, 2015.

LUTHER, Craig, W.H., *Barbarossa Unleashed: The German Blitzkrieg through Central Russia to the Gates of Moscow June-December 1941*, Atglen, Schiffer Publ., 2014.

MEGARGEE, Geoffrey P., *War of Annihilation. Combat and Genocide on the Eastern Front, 1941*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2005.

MERRIDALE, Catherine, *Ivan's War: The Red Army 1939-1945*, Londres, Faber & Faber.

POHL, Dieter, *Die Herrschaft der Wehrmacht. Deutsche Militärbesatzung und einheimische Bevölkerung in der Sowjetunion 1941-1944*, Múnich, Oldenbourg, 2008.

RUTHERFORD, Jeff, *Combat and Genocide on the Eastern Front: The German Infantry's War, 1941-1944*, Cambridge, CUP, 2014.

SNYDER, Timothy, *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona, Galaxia-Gutenberg, 2011.

STAHEL, David, *Operation Barbarossa and Germany's Defeat in the East*, Cambridge, CUP, 2009.

TÖPPEL, Roman, *Kursk 1943. Die größte Schlacht des Zweiten Weltkrieg*, Paderborn, Schöningh, 2017.